

Traición: la thanatocracia*

Michel Serres**

Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau Castaño***

Recibido: 15 de diciembre de 2011

Aprobado: 15 de febrero de 2012

Por el bien de mi felicidad y de mi vida loca, creo, quiero y espero haber olvidado el espanto singular que atraviesa el cuerpo en aquellos lugares llamados discretamente, hospitales psiquiátricos. Espacios amurallados donde la angustia reptil y la rigidez letal se propagan. Nunca antes de haber vivido aquel horror, había logrado entender la fascinación que esos lugares ejercen sobre los observadores de la recta razón. Robin Clarke nos hace comprender esta alianza fantasmática, excesivamente sutil para un apasionado de la vida.

Creéis estar a salvo, fuera de los muros, las manos libres, los brazos al aire, la razón serena, despierta, objetiva. Creéis que la locura está encerrada y que aquella que os acecha depende del padre y de la madre, de ese seno que te hizo falta; escenas borradas desde la primera infancia, etc. Quizá esto sea cierto pero al microscopio. Sin embargo, hay otra locura que te acecha: gigante, tan gigantesca e inmensa, que es preciso un telescopio para verla. Todas tus ideas te la ocultan, como nubes. Ella te acecha, te apunta desde las alturas del espacio y desde las fosas marinas. El mundo abierto es presa de la manía más alucinante

* Robin Clarke. *La course à la mort ou la technocratie de la guerre*. tr. George Renard. Seuil, 1972.

** Michel Serres es filósofo. Su obra ha desarrollado reflexiones sobre asuntos de historia de las ciencias, antropología religiosa, filosofía de la comunicación, historia de la matemática, emprendiendo un proyecto de integración entre las llamadas ciencias duras y las ciencias humanas. El texto que aquí se presenta hace parte de *Hermes III: la Traducción*. París: Minuit, 1974, pp. 73-104. (N. del T.). La traducción del presente texto fue revisada y corregida María Elena Valencia B., en febrero de 2012.

*** Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Diploma de Estudios Avanzados del Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas de París. Doctor en Historia y Filosofía de las Ciencias, Universidad París I, Panteón-Sorbona. Profesor titular en Historia de la Biología, Jubilado de la Escuela de Estudios Filosóficos y Culturales, Profesor emérito de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: lapalau@une.net.co (N. del T.).

de todas. El planeta entero se ha introducido en medio de la *Sala número 6*¹, en el furor y el ruido de lo irracional. No es el mundo de Dionisos sino el de Ares y, con él, la recta razón. Ocurre con esta evidencia lo que con todas las que poseen la fuerza del Sol: imposible mirarla de frente, a pleno mediodía. El Sol y la muerte. Leed *La carrera a la muerte*, de Robin Clarke... no te despertarás en sano juicio. No. No volverás a dormir: insomne y esquizofrénico.

En la obra de Robin Clarke, como en todas partes, se plantea la pregunta: ¿qué ocurriría si algún loco peligroso llegase al poder y decidiera de inmediato desencadenar el apocalipsis nuclear en un acceso de manía psicótica? La respuesta no tiene dilema: el fin del mundo y de la especie humana. El depósito de armamento disponible en los inventarios más restrictivos supera con mucho la posibilidad de alcanzar este objetivo. Pero la pregunta está mal planteada. Esta pregunta solo es válida para los que admiten la pesadilla contemporánea como parte de las condiciones normales. De hecho, la pregunta ni siquiera se plantea, solo existe una evidencia: los locos peligrosos ya están en el poder puesto que han creado esta posibilidad al disponer los arsenales, preparando así la extinción total de la vida. Su psicosis no es un acceso momentáneo, sino una arquitectura racional, una lógica impecable, una dialéctica rigurosa. Basta con estudiar de cerca los documentos y observar los hechos para quedar convencidos de que únicamente algo semejante a una psiquiatría podría explicar verdaderamente el segmento histórico de la post-guerra. No nos quedará la menor duda. Nos convenceremos de que hemos vivido y vivimos bajo la posteridad de Hitler: me parece demostrado que él ganó la guerra tal como se decía de los griegos, que la habían ganado contra los romanos después de su derrota. La paranoia hitle-riana –que no era individual sino histórica– se ha apoderado sin excepción de todos los Estados, invistiendo y permeando su política exterior. En la actualidad no existe ningún jefe de Estado que no se conduzca como Hitler con relación a la estrategia, al armamento y al completo enceguecimiento frente a los fines perseguidos por medio de dichos arsenales. Ninguno se comporta diferente a él respecto a la utilización perversa de la ciencia para fines letales. Ninguno actúa distinto a él cuando disfraza esta única verdad para presentarla a su pueblo. Cualquiera sea la intención o el discurso ideológico, la conducta es constante, invariable y estructural, en el mundo entero con relación a las fuerzas term-nucleares y a los misiles intercontinentales. Yo no digo que haya unos cuantos locos peligrosos en el poder –uno solo sería suficiente–, yo digo claramente: en el poder no hay sino locos peligrosos. Todos juegan el mismo juego y le ocultan a la humanidad que organizan su muerte. No es una casualidad. Es un hecho científico.

¹ El autor se refiere a una de las Narraciones de Antón Chejov, escritor ruso quien fue médico antes de ser escritor y plasmó una de sus experiencias vividas en un hospital psiquiátrico, en un relato que lleva este nombre (N. de T.).

El saber nace feliz y feliz se comparte, sin poderse dividir, multiplicando sus frutos en el festejo. Solo quien no haya sentido el delicioso aguijón de una solución o de una idea, quien jamás haya evaluado su mágico poder y su ramificación fulgurante cuando se comparte, se reseca de pie, como muchos, en una ocupación que, no obstante, se relaciona exclusivamente con la risa y con el eros. El saber nace feliz para el solitario atento o el equipo que trabaja. En su estado naciente, el saber es dichoso, nativamente a salvo de toda culpabilidad. Quizá es feliz por naturaleza. Sin embargo, para las instituciones que lo dirigen, lo explotan y lo transmiten así como para los individuos que aplasta, el saber alimenta el instinto de muerte. Durante toda mi juventud, creí descifrar en los muros de los salones universitarios o en la frente de los doctos, la odiosa afirmación, el contrasentido de Renán: "solo la tristeza es fecunda". Ignoro cómo se produjo ese cambio. ¿De qué manera volver a su naturaleza propia? Es urgente responder a esta pregunta, so pena de muerte.

La historia de las ciencias es una disciplina académica. El hecho de que haya entrado recientemente a la universidad significa que no puede ni tiene por qué seguir hablando de épocas pasadas ni de la Modernidad. Lo que quiero decir con esto es que, desde hace treinta años, ya no se puede concebir la historia de las ciencias en el sentido tradicional. Las ciencias ya no tienen historia, como antiguamente y hasta hace poco la tuvieron. No la tienen porque en los tiempos actuales tienen un sentido, una dirección y una determinación previsibles.

Nos íbamos preguntando: ¿a dónde se dirige el proceso instaurado en Grecia hace cerca de tres mil años? Esta pregunta y las aferentes. Bajo modelos sofisticados, se disimulaba la respuesta infantil: si miro hacia adelante, el avance del proceso es imprevisible y si miro hacia atrás era inevitable que se llegara hasta aquí; la historia es recurrente. Combinación de una ignorancia y una perogrullada, bellos discursos para no decir que no se decía nada. Quienes los pronunciaban se veían coronados de laureles y todo el mundo se sentía tan contento. Algunos habían visto el progreso como un río, otros lo veían a saltos, golpe a golpe; ruptura y continuidad compartían dos campos; el uno o el otro hubieran podido pelearse por tinteros de madera o de hierro, esto no habría cambiado para nada la situación ya que siempre es posible dar cualquier solución a un problema indeterminado. No se era consciente de su felicidad. La embriaguez de ignorar lo que mañana en la mañana el colega inteligente iría a descubrir. Sí, se tenían ideas como se hacían hijos, a ciegas. Y la historia de las ciencias era siempre un poco eso, la determinación imprecisa, el juego arriesgado, el azar. El espíritu de la época, el *Zeitgeist*, un ambiente calmo, pero al fondo, ese eco de mil voces; la historia de la manzana y la sonrisa indescifrable de la intuición. En realidad, a nadie se le había ocurrido levantar el mapa, diseñar la guía para no extraviarse en el bosquecillo del no-saber, excepto para la educación de los niños y para el no-saber temporal. Hablo de los inventores, de la ciencia viviente.

En ausencia de programa, el encuentro se jugaba. No era gratuito por supuesto, la presión existía. Mas no las restricciones actuales; había ciertos grados de libertad. Sea como fuere, la exploración en sus múltiples sentidos, primaba sobre la explotación. En lugar de coger manzanas en un vergel en orden, se trataba más bien de recoger champiñones aquí y allá. Cuando se encontraba algo, uno rodaba por la hierba, estallaba de risa al sol y todo estaba dicho. Después nos reíamos de los vecinos, quienes a su vez se tumbaban en la hierba y rodaban de la dicha. Nos reíamos sobre todo de la autosuficiencia de los dogmáticos que hablaban en pasado o en futuro anterior: era fácil –decían– todo estaba en su lugar para que fulano descubriera eso, cualquiera hubiera podido hacerlo en su lugar. Pero aquellos habladores nunca lo habían hecho; hablaban de un país que nunca en la vida habían pisado. Reacios celosos, generalmente sacerdotes en el sentido de Nietzsche, a los que la intuición nunca había visitado. Los incapaces siempre son increíblemente charlatanes. Cuenteros. Dirán: vosotros describís la edad de oro, nunca ha existido. Yo no estoy tan seguro de ello, al menos de allá salgo; al menos ya no existe.

Al haber perdido la poca indeterminación que aún poseían los campos propuestos a los trabajadores de la invención, nuestras ciencias perdieron su componente histórico, lo cual demuestra, a su vez, que sin indeterminación la historia desaparece, se borra, se desvanece. Es reemplazada por programas que congelan temporalmente el curso del tiempo. La planificación nos lleva al vergel donde, de cierta manera, se trabaja siempre a contracorriente del tiempo. Todo el mundo investiga según un programa y por tanto, busca la misma cosa. Así, todo programa sobre-determina el siguiente, y quien verdaderamente investiga es el compositor del plan, no los ejecutantes. Ahora bien, en la actualidad, ese compositor casi siempre es el que reina en el ministerio de la Muerte. De esta forma, la llamada historia de las ciencias tiene una dirección, una orientación, una determinación única. Necesaria, tranquila, previsible, la ciencia se dirige hacia la Muerte. Demostrablemente. A decir verdad, no existe historia de las ciencias porque su progreso ya ha sido sobre determinado. La ciencia salió de la historia y entró en la era post-histórica, invadida totalmente por el instinto de muerte.

La ciencia dejó atrás su vieja historia, perdió su azar viviente. La felicidad de la invención inesperada que nos hace caer en aquel pozo, domicilio secreto de la verdad desnuda, desde donde se contemplan las estrellas en todo su esplendor, signo de inocencia. Quien vivía de lo imprevisto hacía reír a las campesinas. No veo por qué no se les hiciera reír. Un objetivo en la vida tan válido como cualquier otro, ya que ellas se ríen cuando el astrónomo cae en su propio pozo. Todo el mundo encontraba allí su satisfacción, bajo las constelaciones. El viejo sabio, sin saberlo, había hecho presentes los únicos dos juegos en los que ambas partes ganan; juegos prohibidos por la historia y la sociedad, quienes

no cejan en su empeño mortal de apoyar los repugnantes juegos donde nadie gana. Nuestra desgracia, la que nos ha acaecido, es la de haber expulsado a los campesinos de este campo para ir a caer en las trampas para lobos que ya no son puestas por los pastores, sino por los gavilanes carroñeros. En los tiempos actuales nadie puede ser ingenuo sin tornarse infantil y peligroso. Cuando el pozo os esperaba podíais beber agua fresca. Pero ahora, es la mina quien os espera. Poned mucho cuidado antes de seguir avanzando. Un monstruo horrible pasó adelante y descarrió el camino. Lo ha trazado, minado, camuflado. La soldadesca echó a perder el porvenir de la ciencia. Y la política, su alcahueta senil, al lado de la cual la más vil puta es una virgen intacta. Sí, la ciencia se encargó de matar su historia.

¿Por qué ocurrió esto? Todo el mundo responde: por y desde la Segunda Guerra Mundial. Aquella que los nazis objetivamente ganaron puesto que nadie en el mundo, entre quienes poseen el poder, duda ya, ni por un instante, en preparar, con rigor y método, el fin del mundo y el holocausto. Aquella guerra donde la ciencia, para usar la antífrasis ordinaria, fue movilizada en masa. ¡Como si esta hubiese estado alguna vez en reposo! Al buscar la etiología del mal y de la crisis, la respuesta es insuficiente, repitiéndose desde el origen del *Proyecto Manhattan*, y así sucesivamente. Muy pronto nos daremos cuenta de que es necesario remontarse más atrás aún, primero un siglo y luego, al menos dos milenios, para comprender finalmente toda la historia. Pero ¿será suficiente comprender? ¿Nos queda aún suficiente tiempo? Detengámonos aquí por un momento. Esto fue lo que ocurrió: el rapto del saber y de su historia venidera, a manos de las potencias de la Muerte. Se exponen razones coyunturales, de economía, de estrategia, de política; se menciona la historia reciente, la polemología, las matrices de juego, el comportamiento de las ratas... Se tiene razón en explorar las razones. Sin embargo, lo importante es la cosa misma. La evaluación que de ella se puede hacer. Su invariación actual. Su invariación para los diversos países y para los diferentes sistemas. La asociación de la industria, de la ciencia y de la estrategia, la cual, una vez consolidada, sin importar el lugar ni la forma, produce rápidamente metástasis e invade el espacio. El espacio económico, el espacio cultural, el espacio a secas. Es la asociación de la teoría más segura y de las prácticas más eficaces para la finalidad más exigente e imperiosa, la más imperialista. Mejor aún, la alianza razonada de la razón teórica, de la razón práctica y de la razón calculadora, previsora, provista de una finalidad. La racionalización de todas las razones. El triángulo más potente y el más productivo que jamás se haya instaurado en la historia. Aunque ciertamente la humanidad ya había soñado con él en algunas ocasiones, el hecho de haber logrado su perfecto funcionamiento es, sin lugar a dudas, algo nuevo. Por una circulación aterradora y siempre reiniciada de medios financieros, de

conceptos, de métodos, proyectos, realizaciones y puntualizaciones sobre ese recorrido trinitario y cerrado, el crecimiento del flujo es casi vertical. Es un motor. El motor abominable de la nueva historia que se auto-engendra, absorbiendo en su crecimiento, como un zarzal exponencial, todo lo que no sea él. Es el más temible de los multiplicadores puesto que constituye el producto de todos los multiplicadores concebibles: la innovación teórica, la serie industrial y la puja estratégica, las cuales se alimentan entre sí. Además, este triángulo es invariante en todas partes puesto que es la filial obligada de ciertos productos. Así, quien detenta este producto: misil balístico, bomba termonuclear, bomba orbital, etc., ha establecido necesariamente, como infraestructura, el triángulo en cuestión. Esto es calculable con aparatos, por programa y optimización. Y este triángulo, en virtud de su naturaleza propia, siempre produce metástasis allí donde se ha formado, o si se quiere, donde ha sido puesto en cortocircuito. El árbol está allí donde existe el fruto. El fruto aparece aquí y allá. Una vez plantado el árbol, sus frutos se verán por todas partes. Y puesto que su finalidad particular es la muerte del mismo que creó la infraestructura, la suma de las finalidades resulta ser el genocidio. La humanidad es colectivamente suicida. Contrariamente a lo que se puede creer, esta finalidad nos deleita y es fuertemente dinámica. Si no fuera así, los multiplicadores multiplicados entre ellos se detendrían si les faltaran sus oficiantes. El interés mayor de la metástasis es que todo aquel que se haya puesto a su servicio y que intente salirse del triángulo, se reencuentre nuevamente allí por muy lejos que vaya. Esta necesidad de la repetición define un instinto de muerte a escala humana. El monstruo del inconsciente colectivo ha llegado a la conciencia; pero esto no sería tan grave si no hubiera alcanzado la razón, la cual hace todo lo posible para disimularlo. Siempre encontraréis una ideología, un sistema llamado científico o un consenso del silencio que os oculta el hecho. Estoy de acuerdo con que se diga, piense o enseñe que un hecho existe, es visto o pensado solamente cuando las condiciones globales de cultura o de teoría lo constituyen o lo hacen aparecer; pero la práctica de esta idea es lo contrario de la idea. Buena quizá para los historiadores o para los epistemólogos; la peor posible para un científico quien, hasta que no se me demuestre lo contrario, continúa cambiando su teoría si un hecho patente se le opondrá. Incluso si luego se dice que este hecho no apareció más que a favor de tal o cual cambio de horizonte. Una cosa es ver cambiar los horizontes retrospectivamente y otra cosa es verlos cambiar activamente cuando se está frente a la cosa. La cosa nueva, inquietante, que ya no cuadra con nada de lo que ha sido pensado. O si no, seguís confiando en las tradiciones que os sostienen; ellas son las que deben enfrentar la situación. Esto bien podría llamarse idealismo culturalista. La nueva cara de la pasividad filosófica. Pero de ambas cosas, una: o una teoría científica lo es solamente si se quiebra ante la prueba de los hechos o es científica cuando es tan verdadera que todo hecho, cualquiera que sea, la

deja entera y la alimenta. La historia de las ciencias enseña, si es que enseña algo, que la primera opción es bastante probable y que la segunda pertenece propiamente a la historia de las religiones. Por lo tanto, armaos de una buena teoría si quierdes permanecer ciegos a los hechos que esta ignora. Y, en todo caso, tendréis que aceptar vuestra entrada en la religión desde ese instante. Ahora bien, en los tiempos actuales, toda teoría tiende a ocultar (o todo el mundo parece tener interés en ocultar), el hecho patente de que vamos a morir, que todos nuestros poderes, nuestros saberes y todo nuestro placer nos conducen hacia la muerte. Sí, nuestro placer. Creo que nunca nuestra cultura había gozado tanto. Nunca había tenido tanto éxito. Nunca había hecho felices a tantos. Cuando se la creía muerta, triunfa. Las más sublimes y heroicas de nuestras tradiciones por fin han sido coronadas. Donde quiera que se vaya, la misma escena grandiosa, bíblica, sobrehumana: la humanidad por fin dividida entre mártires meritorios y enemigos exterminados. Divididos por fin definitivamente. El placer, el júbilo de la división por fin logrado y para siempre. Invariación cultural exaltante por doquier, dar su vida, gozo de la potencia absoluta, para una división absoluta, servida, adquirida por la instauración del triángulo, él mismo invariante para todos los lugares. *Y cuando existe una invariante, cualquiera sea el sistema, los sistemas han muerto y es ella el sistema.* Triunfa a su turno y en todo lugar. Lo que los utopistas más imaginativos soñaron como lo más imposible, ha llegado, objetivamente, oculto en la selva de viejos sistemas abigarrados. El gobierno mundial está en su puesto. El triángulo es invariante dondequiera y hace metástasis por todas partes. La misma ciencia, la misma tecnología, la misma programación, medios estables para fines análogos, el mismo gradiente de crecimiento, las diferencias jugándose en los tiempos de partida. El gobierno mundial está en su puesto. *La Thanatocracia.* El gobierno de la muerte. Las bombas orbitales rodean el planeta así como el bulevar de los mariscales rodeaba París. El fin de la historia, el triunfo de la Razón.

Primera generación

Lo habéis querido, lo habéis deseado, nos lo habéis enseñado desde nuestra odiosa infancia, vosotros que envejecéis en el espanto y en el horror, inconscientes de lo que habéis perpetrado. Nuestra abominable infancia de hambruna y de bombardeos, de judíos quemados vivos y de mujeres esquiladas. Vuestra primera obra. Solamente la primera en vuestra delectación en cadena. ¿Tenéis miedo de nuestro mundo? Pero ¿quién lo ha procreado, quién ha conducido cuidadosamente su abominación, sino vosotros? Vosotros que siempre habéis tenido miedo, vosotros y aquellos que os han forjado, en la tristeza y en la vergüenza. Nunca habéis vivido de otra manera: siempre a través del odio, la sospecha, la división, la conquista, el terror y la diferencia. En la ponzoña y por la muerte.

Nunca habéis vivido sino en estado de cadáveres. No habéis amado sino a la muerte y la habéis enseñado a vuestros hijos y a los hijos de vuestras hijas. ¿Querriais ahora que ellos se inclinasen por otra cosa? Les habéis impedido inventar, no lo olvidéis. Los senos de vuestras madres estaban llenos de hiel y habéis llenado de hiel los senos de vuestras esposas. Los únicos lugares de este mundo donde se encuentra la esperanza. Habéis detestado la felicidad y odiado el goce. En realidad, jamás pensasteis las cosas en la benignidad; nunca disfrutasteis, ni de vosotros mismos ni de ellas, ni de la alegría taumatúrgica de la inteligencia en vigilia. Tan solo habéis amado la sequedad, la torsión, la tortura, la comparación y la agonía del otro. El infierno, como lo habéis dicho, como lo dicen los impotentes, el infierno y el lodazal. Vomitar y golpear. Todo lo que habéis hecho ha sido para ganar, pisotear, destruir, aplastar; para ganar en juegos despreciables que os hacían grandes entre los enanos. Nunca habéis creído verdaderamente en el saber más que para los grados, los decorados y las situaciones imbéciles; vuestro cientificismo no era más que un pañuelo isabelino para disimular vuestros eructos reactivos. Habéis transmitido un saber infame ennegreciéndolo aún más con vuestras secreciones biliosas; haciéndolo aterrador. Mortal de tedio, de celos y de avaricia. Mortal. Vuestros juegos de niños perversos se han vuelto serios. Eran peligrosos, ahora son fatales. Ya no estaréis aquí para ver crecer inmensamente el monstruo que habéis dado a luz. Más allá del horizonte, en los límites del mundo solar. Desde donde él nos apunta. Os retiráis, avergonzados hasta la sangre por vuestros legados criminales. Nos pasaremos la vida sin la esperanza de saldar vuestras deudas ni de extinguir los incendios que habéis provocado con vuestras teas mezquinas. Si es que logramos vivir... pues habéis producido retoños que se os asemejan, los habéis formado muy bien. No tenemos mucho tiempo, apenas la corta supervivencia que nos habéis dejado, para apiadarnos de vuestras angustias débiles y de vuestros estertores cómicos. Solamente este minuto, olvidado en medio del trabajo, para decir lo que pensamos de vosotros después de la última guerra y de nuestra odiosa infancia. Nuestra infancia estropeada en Hiroshima, para siempre. Este es el colmo. Una palabra sin duda hubiera bastado. Os perdonamos... ¿Qué otra cosa podemos hacer si no queremos parecernos a vosotros? Sí, vais a morir. Que vuestros corazones sin recursos y sin apelación se tranquilicen: apenas un poco antes de nosotros. No moriréis por nosotros, moriremos por vuestra causa. Quiero vivir. Sin vuestros malditos productos el mundo sería bello. El saber, un deleite multiplicador de frutos que se compartirían, gratuitamente.

Segunda generación

¿Cómo comprender que la ciencia haya colaborado tan fácilmente con esas monstruosas empresas? No se puede considerar como razón válida esa cobardía cotidiana de la masa de mediocres que esparcen el vinagre a algunos centíme-

tros de su potencia para satisfacer su agresividad de peones, para defender el contorno de sus nichos, de su especialidad. De hecho y por naturaleza, es decir, por la historia y por la epistemología, la ciencia debe su eficacia a los principios planteados durante el entreacto positivista. Quiero decir con esto, debido a las reducciones que la ciencia produjo sobre el conjunto de sus finalidades. Es sabido que, para ser completamente exitoso en una práctica dada, es indispensable no centrarse sobre el éxito mismo: quien mucho abarca poco aprieta. La ciencia reconoció que le era indispensable abstenerse de la pregunta ¿por qué? y limitarse a la pregunta ¿cómo? Por esta contracción y algunas otras de la misma familia, se volvió operacional. Se volvió una herramienta; mejor aún, la herramienta de todas las herramientas. La ciencia debe su potencia y su eficacia práctica a estas decisiones operatorias. Esto es evidente, como una tautología. Pero entonces, ¿por qué un instrumento? ¿Para qué y para quién? Veamos aquí el peligro: la reducción del cuestionario aplicado a los objetos se revierte sobre la actividad global del cuestionario. De la misma manera que la ciencia busca reconocer cómo los fenómenos se producen y no por qué, igualmente, logra comprender cómo funciona ella misma y no por qué. En realidad, su objeto, carece de proyecto: de pronto ella misma es un objeto privado de proyecto. Un instrumento polivalente sin fin. Es libre. Entendiendo aquí por libertad, no lo que la política o la metafísica entienden por ello sino lo que dice la mecánica. O el lenguaje ordinario. Como se dice de una mujer que es libre cuando no tiene *ataduras* o cuando ya no está enamorada. Libre, sin *obligaciones*, disponible. Polivalencia sin proyecto, sí. Reducida a la finalidad sin fin, como un arte, la ciencia se ofrece por todos sus ángulos. Entonces, tal como en la antigüedad ocurrió con Afrodita, fue Ares quien la tomó y no Hefaios, el asesino y no el herrero. La ideología positivista, que a mi juicio, era necesaria para los tiempos de formación, comportaba –ahora lo sabemos– el más enorme de los riesgos: dejar tesoros de potencia desprovistos de programa. Era inevitable entonces, que ese tipo de enfermos que disfrutaba al máximo del poder, robara lo que les aseguraba el mantenimiento en su puesto y que se ofrecía sin reservas, sin raíz y sin horizonte. Como la ciencia, por su parte, tenía muchas necesidades, de dinero por ejemplo, para funcionar a sus anchas, se ofreció al mejor postor. Cuento viejo que Arquímedes hubiera podido contar y que el positivismo agravó torpemente. Auguste Comte había dado a luz una puta.

Pero eso no es todo. Para que la ciencia se volviera operacional era indispensable dividir el trabajo. Repartirlo según una cadena racional: según sus condiciones y su complejidad. Los especialistas se pusieron a producir como en la fábrica: a la entrada reciben información, órdenes y productos preparados, y entregan, a la salida, resultados acabados, cuadros que hay que llenar. Visión global que no tiene el trabajador aislado. La división sectorial, ordenada, focaliza la atención y multiplica la productividad. Pero, nuevamente, la condición local

de la eficacia repercute sobre la actividad global. Los trabajadores se han acostumbrado a no mirar nunca fuera de su nicho, a dejar de pensar el trabajo en su conjunto. Ciudadela habitada por súper lúcidos regionales, ciegos a la totalidad que se dividió para reinar mejor sobre ella. No importaba quién la pudiera robar puesto que ya nadie tenía la idea de que en su interior constituyese un mundo coherente. Quien la dirigía no trabajaba; ordenaba, diseñaba los programas. Cámaras reservadas, laboratorios cerrados, ciudadela compuesta de alvéolos. Más bien que una fábrica, Augusto Comte había construido un burdel. Demasiado tarde descubrimos quién era la patrona.

Tercera generación

Era necesario que la ciencia, al constituir ella sola una variedad cultural, tal vez no del todo independiente pero al menos definida, identificable, nueva, llegara a alojarse en alguna parte en el universo cultural, en el universo del discurso, de las prácticas. A hacerse un lugar. Sub-conjunto de la cultura occidental, destinado a convertirse en el conjunto en su totalidad, a ocupar por completo su lugar. En la actualidad estamos en los límites extremos de la invasión global de nuestro universo cultural por parte de este sub-conjunto. La prueba es que hay cada vez menos conceptos provenientes de otro lugar para pensar ese núcleo, y cada vez más conceptos salidos de este para pensar lo que queda de la antigua piel de zapa. De allí, el interés de los análisis que se dedican a describir las vecindades entre la variedad propiamente científica y el conjunto cultural que acoge esa variedad. Estos problemas habían sido planteados anteriormente por medio de una estrategia compleja de las condiciones, las determinaciones y las causas, de una filosofía de la formación. ¿Cómo emerge la nueva variedad, una vez dadas las prácticas sociales, económicas, conceptuales, una vez dado el conjunto de las otras variedades? Las respuestas no cumplen nunca las promesas del problema. Siempre son teóricas y globales; examinadas de cerca, en lo concreto de un ejemplo histórico, son indecibles: no se llega a la suficiencia. El efecto, conocido, es de otro orden distinto al conjunto de las razones; lo condicionado, no obstante dado, se encuentra situado por fuera de la reunión de las condiciones. Y esto en el mejor de los casos, es decir, en el sentido retroactivo. Indeterminación que, en el otro sentido, el de la historia, tenía nombre de imprevisibilidad. Por ello, la idea de que, con respecto al mundo cultural en su más grande generalidad, la variedad científica se presenta siempre, de cierta manera, como un nuevo mundo, reciamente diseñado sobre el antiguo a causa de este mismo exceso. A partir de Montaigne y de la revelación completa de la Tierra, ya no hay novedad en la cultura, a excepción de la científica. Por tal razón, el interés de la cartografía propuesta, puesto que los bordes de la variedad siguen siendo imposibles de analizar para toda reducción: ¿qué regiones del antiguo tejido cultural son vecinas? Es urgente reconocerlas. En efecto, por el crecimiento rápi-

do y totalizador de ese núcleo local, esta vecindad se ha convertido en el borde entero de nuestra cultura, en el muro de nuestra prisión. Muy exactamente, es lo que queda de la cultura en los tiempos donde la ciencia se ha convertido en el hecho cultural total. Y es este el que induce sobre la ciencia determinaciones decisivas. Así se entienden, en consecuencia, las imprevisibilidades de otras épocas. La variedad nueva, localizada en un lugar determinado del universo cultural podía crecer anárquicamente en todas las dimensiones de un mundo que reflejaba, a través de ella, el no-saber. Ya no hay anarquía, y el crecimiento, en adelante, es determinado, previsible, orientado: determinado por el borde, por la corteza o la membrana.

Sería menester retomar con paciencia el hilo de la prehistoria y describir ese borde. No tenemos ya mucho tiempo para dedicarnos a esta tarea con toda tranquilidad. Para determinar ampliamente con qué ha rodeado nuestra cultura el saber exacto o riguroso, dónde lo ha colocado en su espacio propio. Para actualizar el proyecto global de recuperación: remontarse hasta la etiología primera y comprender gracias a ella el aprisionamiento de la razón. ¿De dónde proviene nuestra carrera suicida calculada, qué es lo que hace de nuestra razón una razón de muerte? ¿De dónde proviene la adhesión del conjunto de nuestras prácticas razonadas al instinto de muerte? ¿De dónde surge una teoría cercana al terror? Se ha verificado mil veces que el saber está constantemente localizado lo más cerca del poder, de su ejercicio, de su conservación y de su conquista. Desde el principio de los tiempos ha estado en manos de los sacerdotes de Egipto, de los amos que la *República* formó a lo largo de su historia, etc. La teoría de la ciencia está siempre lo más cerca posible de la teoría de la dominación que ella origina. Y, de nuevo, esta verdad de Comte: el saber positivo está orientado por el positivismo político, y llegará el momento en que la ciencia solo será, idénticamente, la etiqueta de la práctica política misma. Ser o llegar a ser el amo, el poseedor de los otros y del mundo. El canciller Bacon y Descartes lo vuelven a decir en el renacimiento del saber experimental. Comprendemos hoy que no se trataba de una prescripción de orden epistemológico sino de un diagnóstico etnológico. Conocer es practicar un ejercicio involucionado en la ideología del comando y de la obediencia. Pero además, la dominación no es nunca otra cosa que la apropiación de la muerte y de la destrucción, legítimas. De ahí, el interés puntual y solamente temporal de la primera descripción. A la sombra del poder, el saber está a la sombra de la muerte. Se enrosca y se aloja en ese hueco tenebroso desde sus albores. ¿Quién condujo irremediamente al Tales primitivo hasta las más grandes tumbas de la historia? ¿Por qué los primeros grafos rigurosos fueron dibujados, bajo los fuegos del sol, en la franja de noche de la muerte egipcia? ¿Por qué los pitagóricos condenaron al naufragio al geómetra desgraciado que divulgó, fuera de los espacios ya secretos de la secta, la irracionalidad de la diagonal? Todos los grandes textos inaugurales

de la ciencia están atravesados por ese rayo. Físicas del odio, atomismo de la disolución. ¿Por qué el verdadero momento inicial de la racionalidad científica, el descubrimiento de la comunicación por el diálogo, control y univocidad, se encuentra sumergido en una ideología del odio del cuerpo, de menosprecio por la vida, la cual preconiza que la muerte es un nacimiento, una liberación, la curación suprema? En el momento mismo de su aparición, la razón está enferma de muerte. Todo está dispuesto desde allí, desde el milagro griego, esa inmensa catástrofe histórica donde el *logos* trasuda la destrucción y el homicidio. La razón es genocida desde su engendramiento. El lugar inteligible, antorchas de la verdad esparcidas sobre la tierra: para acceder a él se precisa toda una agonística y toda una agonía. Sí, morir por esa patria. El entendimiento geométrico está alojado, desde el *Menón*, en una dialéctica del amo y del esclavo, dispersa en mundos perdidos, separados del nuestro por la muerte. La ciencia, finalmente la verdadera, habita tranquilamente el instinto de destrucción y de aniquilación. Se ha vuelto culturalmente natural que para conocer haga falta morir. Que para conocer sea preciso despedazar el objeto. De allí, las leyes implacables de toda educación. Formar es martillar. No, la institución de los niños no estaba en poder de Júpiter o de Quirinus, de los sacerdotes o de los productores, sino en manos de la turba. Gloria a Sócrates, valiente en el combate. De Loyola al liceo napoleónico ¿cuál es la diferencia? Siempre la soldadesca. Aquí el saber no ha nacido feliz, y los que lo han transmitido, lo han hecho con ira, con envidia y horror por la vida. El saber nació a la sombra de las tumbas, y allá vuelve como aquellos criminales de los que se dice que vuelven a los lugares de su crimen. La civilización está enferma por causa de esta desviación originaria puesto que ya no posee el saber ni su borde tenebroso. Aquí, sería preciso retomar la prehistoria por el otro extremo, permitirle a Tales que escriba al sol, en la arena, borrándole al dibujo la noche de las Pirámides, dejar que los extranjeros dialoguen con Sócrates, olvidando para siempre el *Fedón* y su otra tumba, nuestro cuerpo. Y por primera vez el retorno es posible, puesto que la ciencia es una historia reversible, el retorno perpetuo de las generaciones al punto de partida. Bastaría con enseñarles a nuestros sobrinos, desde la cuna, que no hay saber sin festejo. ¿Qué sociedad actualmente podría resistir esta revuelta súbita de una enciclopedia descarriada? Estad tranquilos, la solución es utópica. La turba ni siquiera tiene necesidad de vigilar. Mirad bien a vuestro alrededor: ¿quién, sí, quién, pero quién ama la vida? Todos nosotros somos suicidas. Buscad un justo en esta Sodoma trémula, en vísperas de la lluvia de fuego, un justo que ame la vida, sin restricción.

Cuarta generación

La racionalidad del saber no es tan difícil de definir como se cree. La ciencia es la comunicación óptima. La universalidad virtual de su discurso y de sus

prácticas es anterior a las certidumbres que produce. Solo una filosofía referida al sujeto, es decir idealista, puede echar por tierra este orden. Cuando yo digo: te amo, aún en el mejor de los casos, nada puede asegurarme el haber sido verdaderamente comprendido. La incertidumbre es insuperable. Ciertamente creo a mi pesar! que no hay, que nunca habrá control del retorno. Y la palabra es aterradora en este asunto extraordinario. Cuando yo expongo un teorema, puedo estar seguro indefinidamente que el mensaje emitido es recibido y asumido por completo. La verdad científica es idénticamente la posibilidad siempre dada de un control del retorno. El conjunto de estos controles fundamenta la racionalidad científica. Y por esto Platón –y no cualquier otro– la fundamentó realmente en una filosofía donde dialogan personajes con sus opuestos. Toda ruptura de diálogo, todo desvío sobre el control, arruinan la racionalidad. Esta ruptura se llama el secreto. Desde que hay secreto ya no hay ciencia. Saberes eficaces, tal vez, pero ya no la racionalidad fundadora.

Se distinguen fácilmente tres tipos de secretos. El secreto socio-político, bien analizado por doquier: el saber está en manos de una clase dada; los que son exteriores a la clase no tienen acceso a él. El secreto interior a la ciencia misma en su funcionamiento sectorial, raramente sacado a la luz: de célula a célula, de disciplina a disciplina, la comunicación no tiene curso. Ahora bien, entre más se divide el trabajo científico, mejor se le apropia en su globalidad. El especialista es una especie que no tiene la palabra, que no puede hacerse comprender de la especie vecina. Dividir para reinar: las reuniones y los grupos tumultuosos de más de tres personas están prohibidos. Finalmente, el conjunto de secretos institucionalizados por los militares y los industriales. Aquí es muy llamativo que el ejército no haya hecho sino aplicar al saber y a la investigación, las técnicas de protección de los códigos que utilizaba desde hacía tiempo para la discreción de los mensajes y de las señales. El encuentro es histórico: cuando se obstaculiza el camino instaurado por el platonismo no hay que sorprenderse ya de esos combatientes que, en los *Diálogos*, amenazan y truenan. La comunicación lograda es el enemigo mayor del agresivo. La guerra por interferencia y codificación de señales es el fundamento de la guerra en general, y es una guerra contra la ciencia. Desde que haya ruptura de la comunicación, hay mayor posibilidad de combate, la probabilidad de racionalidad nula existe.

La apropiación del saber está en función del rigor de los secretos. De los límites impuestos al espacio de comunicación. Por otra parte, entre más se codifica un mensaje, menos numerosos son sus propietarios, y según el tenor del mensaje, más poderosos son estos. La importancia creciente atribuida al tercer tipo de secreto, desde finales de la segunda guerra mundial –crecimiento medido por la aparición de tecnologías de la comunicación, cada vez más numerosas –, ha exasperado en contragolpe el funcionamiento de los dos primeros, de suerte que se asiste a un reforzamiento máximo de las limitaciones de este género.

Entonces, *el fundamento de la racionalidad científica se encuentra destruido*. Creo claramente que aún existen ciencias pero están invadidas por las metástasis de lo irracional. Existen saberes pero la posibilidad abierta de controles para el contra ataque ha decrecido bruscamente, hasta cerrarse. Por lo tanto, si ya no hay control, contra personajes, ya no hay racionalidad. El conjunto de la red de interferencias científicas no tiene ya la posibilidad de auto-controlarse: no obstante, esa era su razón propia. Le hacían falta contramaestres, y ya no tiene sino maestros cuyo atributo principal es no saber nada. La racionalidad se encuentra en una trampa: lo irracional delirante invade el saber allí donde este perdió su propio auto-control. Por ello, el instinto de muerte circula libremente. Aquí, la solución, la única, es la liberación del saber, es decir, la supresión de todo secreto, de toda codificación.

Cuando se está en presencia de unas reservas finitas, el pastel y sus fracciones, toda repartición impuesta por la fuerza o todo intercambio regulado por un contrato, por leonino que sea, no es nunca, a fin de cuentas, más que un juego de suma nula. Así sea indefinidamente retomado por las partes, en cada balance, la suma se establece en cero, con regularidad. La abominación de la historia tiene que ver con esta absurdidad repetitiva. El imperio designaba el ganador en la suma nula. Y todo recomenzaba. Ya no podemos concebir este proceso más que como una irracional abyección, toda vez que, al menos, conocemos un juego donde todo el mundo gana y donde, al ganar, todo el mundo sale enriquecido y enriquece la apuesta. Precisamente, este juego es el intercambio o la comunicación científica, fundamento de la racionalidad del saber riguroso, exacto, eficaz. Prueba de ello es que la multiplicación rizomática de las interferencias, en el sentido que he dado a esta palabra, en el diccionario enciclopédico mismo, describe su crecimiento preciso. Ahora bien, este crecimiento es tan fuerte que ha obtenido un sentido a escala entrópica, es decir, adquirió las condiciones de la eficacia práctica, de la potencia actual. El conjunto de las redes constituidas por los científicos y su situación local, los elementos de su saber, las cosas mismas exploradas por él y por ellos, este conjunto complejo es capaz de complejones o de conexiones tan numerosas que, pese al bajo coeficiente que hay que colocar cuando se pasa de las unidades binarias a las unidades termodinámicas, la cantidad de información, en el balance, alcanza finalmente, valores que adquieren una significación a escala entrópica. La debilidad de dicho coeficiente (10^{-16}), da indefinidamente que pensar: es la clave de muchos asuntos para los cuales solamente tenemos hasta hoy respuestas vagamente descriptivas. Traducir las pequeñas energías en juego sobre una página de escritura en las unidades energéticas del trabajo ordinario, revela un cambio de escala altamente significativo. Mide con precisión la casi-gratuidad de un ejercicio que se puede llamar teórico, su insignificante potencia de rendimiento, tomada en sí y al comienzo; mide la di-

ferencia entre la teoría, definida globalmente y todo ejercicio práctico en el mundo de las dimensiones del trabajo. Considerado este último término en el doble sentido de la mecánica y de la praxis ordinaria, en sus dimensiones dinámicas y en su acepción de intervención sobre el mundo. Cuando cargo un peso, empujo un obstáculo, lanzo un proyectil, utilizo, movilizo energías que no tienen mucha relación con las que hasta el momento se sabe evaluar y que son movilizadas en esta hoja de imprenta. Brillouin solo saca de este desvío la idea de la casi-gratuidad, propia a la mayor parte de las actividades (terciarias) de la vida contemporánea. De hecho, el descubrimiento va mucho más lejos. El lenguaje articulado o la escritura, pueden ser definidos como el conjunto de las realizaciones efectivas del proyecto teórico en general. Desde el punto de vista de la energética generalizada por la teoría de la información, trabajar: laborar, forjar, fundir, transportar, construir, etc., es una práctica alojada en una escala de tamaño que difiere casi infinitamente (infinitamente en el sentido de Gauss) de la escala donde se alojan las efectuaciones, a su vez prácticas, de la teoría. En resumen, entre lo que se puede llamar la práctica teórica y la práctica propiamente dicha, la diferencia está medida por dieciséis ceros. Por fin sabemos de qué estamos hablando. Esta medida es un retardo originario, un desfase. Desde la hominización operada por el lenguaje o, mucho más cerca de nosotros, desde el origen de la escritura, la humanidad descubrió que disponía de un doble juego energético, de un doble programa, cuyos elementos estaban separados por un gran número, por una cifra astronómica. No podía existir relación, en el sentido cuantitativo, exacto del término, entre su palabra o su grafía y su trabajo. La única manera de realizar esa relación era, por supuesto, conseguir un intermediario. ¿Quién fue? Sin duda el otro hombre, los demás hombres. La esclavitud La teoría necesitaba los quanta energéticos de la violencia biológica o política para llegar a manifestarse a escala del mundo. La palabra fue una orden desde que se buscó una práctica ordenada. Fue inevitable que el hombre se transformara en animal político, es decir, despótico, desde que su trabajo fue el del *homo sapiens*. No había aquí otro puente imaginable para atravesar este abismo de dieciséis ceros en la escala de las energías. El monopolio de la violencia legítima fue tomado por los más hábiles parlanchines o por los mejores escribas, con miras a franquear el hiato imposible de colmar entre los dos programas, la desventaja de partida de la teoría sobre el entorno que había que ver, dominar y transformar. En efecto, no importa cuál organización biológica comporta una cantidad de información que tiene un sentido en la escala entrópica: puede precisamente ser definida como una gigantesca máquina que traduce escritura a energía macro-cósmica, de suerte que el biotopo en general, incluidos los hombres, se imponía, evidentemente, como el intermediario ciegamente buscado; comportaba los quanta energéticos más o menos suficientes para compensar la desventaja. De ahí, y

a la par, la invención de la agricultura, la domesticación de ciertas especies animales y los comienzos de la esclavitud: la dominación generalizada del biotopo. Como balance: para articular la práctica sobre la teoría, para dar a las actividades ordinarias una primera estructura racional, sería necesario traducir dos programas, el uno en el otro. Sin embargo, esta traducción era impracticable en razón del cambio vertiginoso de escala. Pero precisamente, existían organizaciones que, por sí mismas, constituían el diccionario buscado: los organismos vivientes. Entonces la vida se encontraba en todo la mitad del vínculo, entre los dos programas separados desde el origen, en la naturaleza y por la cantidad. *La teoría tuvo que dominar la vida para poder también dominar el mundo.* Para que el *homo sapiens* subsistiera como tal y desarrollara dicha sapiencia, era necesario que tuviera poder sobre lo viviente en general. No hay aquí ninguna finalidad, simplemente una retrospectiva. La vieja jerarquía, conocida como ontológica, que distribuía los reinos (la palabra es reveladora) en inerte, viviente y, digamos, teórico, no es nada distinto a una escala cuantitativa de energías. Y ahora sabemos que una escala de este género no produce forzosamente fenómenos de crecimiento simple: revela mundos que parecen diferentes de la extensión del cielo. En esta escala fuertemente decreciente, el estado intermediario funciona como un traductor de las más pequeñas energías en cantidades propias para emerger a nivel entrópico. Esta ontología de siempre es una manera intuitiva, soñadora, arcaica, de expresar una física exacta. Desde entonces, lo repito, la llamada sapiencia, por muy reducida que sea al primer lenguaje o a los lineamientos primitivos de la escritura, habría comenzado ligada directamente con esas máquinas que podían, sin saber, traducirla naturalmente. Yo digo: id y ellas van. Yo digo: llevad y ellas llevan. Utilizo, en el otro, precisamente el hecho de estar provisto, igualmente, del doble programa y de un dispositivo de traducción. Escucha quiere decir oye, obedece, ejecuta. Que yo sepa, todas las máquinas de producción no son, y nunca han sido más que máquinas de traducir. La teoría, energéticamente insignificante como para ser o para volverse productora, para emerger a nivel del trabajo entrópico, encuentra aquí, establecidas, máquinas perfectamente montadas para esta traducción. Fáciles para producir, para procrear. Basta con dominarlas. Domesticar la vida en todos los sentidos imaginables. Plantas, animales, hombres. Las mujeres primero. Arrogarse el derecho de plegar la vida a sus fines; y si no, a destruirla. En el instante mismo, la teoría se asimilaba ya al aniquilamiento posible del viviente en general. Dirigida hacia el mundo, adaptándose –como se dice– al medio, la palabra pasaba, antes de lograrlo, por un umbral peligroso donde la esperaba, agazapado, el monstruo inevitable: el instinto de muerte. Y el holocausto del mañana estaba grabado desde el origen de la teoría. La ciencia es tan peligrosa como esos niños grandes que durante toda su vida –cuando disponen de algún poder– nunca termi-

nan de vengarse implacablemente de las ofensas que su notoria debilidad había atraído cuando eran pequeños.

Inversamente, el coeficiente de traducción, gigantesco si se lo lee en el otro sentido, mide el espesor asfixiante del sistema de defensas de la naturaleza ante la empresa puramente teórica. Algunos bits informacionales ante las decenas de megatones desarrollados por un ciclón. Por esto, la naturaleza no podía ser, en lo inmediato y por vía directa, transformable racionalmente; por esto sus leyes se encontraban ocultas; no tanto disimuladas por la astucia mañosa de un dios sutil, sino inaccesibles por el desvío de los niveles de la escala: un lenguaje común a estos dos órdenes era impensable. De allí, esta observación hecha a menudo: la física ha descubierto primero la existencia de las fuerzas de interacción más débiles, por ejemplo la newtoniana. El sistema de defensa tiene el modo de existencia de una traducción difícil, de un desciframiento que exige siglos de investigación: hallamos de nuevo el antiguo lenguaje, pero sobre una ecuación única y precisa. El sistema sobrepasaba al *homo sapiens* en cualquier lugar y en una cantidad perfectamente evaluable: eso se decía antiguamente al afirmar que lo real sobrepasaba lo racional. La posición inversa era el idealismo. Así, el realismo era indicativo y su contrario un optativo. No verdaderos o falsos como en las ciencias; no verdaderos o falsos puesto que eran sistemas globales y su valor de verdad no era referible a un sistema más amplio; no verdaderos o falsos sino en sí y por sí que no se pueden decidir; no verdaderos o falsos sino modos del lenguaje, discursos modales, modalizados, simplemente. Maneras de conjugar un verbo, acción o estado, en modos diversos. Llegó el momento de la adecuación en el que la identidad, la ecuación de lo real y de lo racional fue anunciada en la cultura occidental: de nuevo se trataba de un diagnóstico, un diagnóstico etnológico o cultural, un diagnóstico pronunciado sobre el estado corriente del saber en general y de la teoría. En ese momento, sin duda, la cantidad de información contenida en los depósitos acumulados por la herencia y la actividad rizomática de las enciclopedias debía acercarse por fin al nivel de la escala entrópica. Y fue eso ciertamente lo que ocurrió en la hora mencionada: la entrada brutal de la teoría en el macrocosmos, en la totalidad de nuestras prácticas; su producción de caballos de fuerza, a la espera inevitable de su producción de megatones. El abismo de los dieciséis ceros se encontraba colmado. Entonces, todas las filosofías se comienzan a variar indefinidamente sobre este punto final, sobre este calderón, describiendo los ciclos recurrentes que habían conducido a esta ecuación, sin dudar ni por un segundo que el proceso continuaba con una aceleración exponencial. El nuevo estado del saber sería la superación de este punto.

La dimensión gigantesca del coeficiente de traducción es una buena medida de la fatalidad a la manera antigua, a la turca o a la cristiana, y del peso del consejo ético de resignación. Una buena medida de la distinción estoica

de las cosas que dependen y que dependen de nosotros. El filosofema no tiene ya ningún interés, salvo por el hecho de que pronuncia el pronombre nosotros. Dicho esto, y dado que Occidente no se resignaba, el proyecto de alcanzar la distancia astronómica sobre la escala de magnitud implicaba un proceso de una longitud incalculable. De ahí, una nueva medida: la duración inmensa que hay que desplegar para colmar el hiato, para acceder a la práctica eficaz de la teoría sobre las cosas del mundo, reguladas –ellas– por las leyes de las macroenergías. ¿Qué es la historia? Nada distinto al parto, con sangre y lágrimas, de esta traducción que dejaba de hablar el lenguaje mismo del mundo. El tamaño del coeficiente mide su duración. De allí la asociación, en el siglo diecinueve, y en una misma filosofía, del proyecto de transformar el mundo (puesto que por fin es posible, qué digo: el problema planteado se encuentra resuelto), y de una explicación del desarrollo de la historia por medio de la clase trabajadora. Sucedió que en el momento de la recuperación, en la escala de las energías, se medía por fin el camino recorrido, se tomaba conciencia –al menos ciegamente– de la carrera misma. La historia, o más bien la prehistoria, clausurada, a partir de aquel momento, es idéntica al largo desarrollo –teniendo en cuenta todos los retardos voluntarios o inconscientes aportados a su logro– del conjunto de los actos de traducción, de dos niveles el uno en el otro: el de la información y el de la dinámica, el del lenguaje, el de la escritura y el del trabajo calculado, el de lo racional y el de lo real, el de las pequeñas energías y el de las energías que pesan en el mundo donde vivimos. Traducción que no dejaba de aparecer en el gran día de los trabajos. Dieciséis ceros, medida de la diferencia originaria, medida de la desventaja de partida de la llamada sapiencia, medida de las defensas de la naturaleza y del espesor de sus antiguos secretos ante las pequeñas estrategias teóricas, medida de la historia, de su longitud, de su estela de sangre. Retardo colmado, desventaja superada, defensas desmanteladas, prehistoria clausurada, la teoría ha avanzado hasta la escala entrópica. Ella tiene el poder de desencadenar los megatones de los ciclones. Nuevo milagro, el segundo después del de los griegos: este abría un camino, el que nunca debía perderse; no es seguro que aquel lo cierre. El asunto ahora es dominar el dominio y ya no la naturaleza. La desgracia es que los amos son siempre los de antaño. Los de antes, los de la Antigüedad, los de siempre, y que están aquí para la muerte y por ella.

Lamento, 1

Cátaros, mis ancestros venidos de Irán, vosotros anunciabais en vuestra antigua lengua que el mundo estaba en manos de las potencias del mal. Y no sabíais, vosotros, los primeros lúcidos, que no se trataba ni de un sueño religioso ni de metafísica, sino de un juicio histórico y de una previsión. De un pronóstico preciso hasta lo implacable. Hemos cumplido, ejecutado, al pie de la letra, vuestra borra-

da escritura. Hemos descendido la fatal espiral del infierno. Ahora comprendo por qué se os conducía a la muerte sin perdón ni recursos. Lo sabíais ya, erais los primeros en saber que el instinto de muerte estaba en el poder, que solo podía desalojarlo de allí un instinto absolutamente equivalente. Y que la muerte valía la muerte. Y que entonces valían todas las políticas, monopolios repulsivos de la muerte legítima, máscaras de Arimán. Y partíais por los caminos, semi-desnudos, pobres y descalzos. Porque testimoniabais de la única verdad que nos atañe y que es apta para salvarnos; se os perseguía hasta el último. Nadie que tuviese algún viso de poder, podía soportarla. Despertabais un odio feroz. Vuestro enemigo, el mío, era y es la muerte; únicamente la muerte que ordena y regula. Quien se enfrenta a este adversario, solo será reconocido por aquellos que lo aman. Ellos son legión, masa armada. Constituyen la sociedad. Por tal razón, fuisteis borrados de la superficie de la tierra. Por las ratas. Los halcones. Los gavilanes. Los hombres. A los que amabais. Con Ternura.

Lamento, 2

El amor, no la guerra. Los arapesh al poder... La divisa tiene muy pocas posibilidades de propagarse. Seamos lúcidos. Para morder, atacar, lanzar ácido, se necesita poco talento. La lenta debilidad de los coléricos, la impotencia innata de los agresivos, las complicadas sobre-compensaciones de los mediocres, la frigidéz polar de los vanidosos; pequeñez de tamaño, de inteligencia y de proceder, cálculo de sospechas, subordinación infantil al orden cultural. Quien va al combate obedece siempre. Se cree valiente y no es más que un esclavo. Ebrio, drogado, débil, alienado. Sigue la más empinada pendiente, como las piedras. Se pelea como un mendigo; un buen adagio popular dice: no hay pequeñas ganancias para el usurero. El amor, no la guerra; ello requiere demasiado talento. Una potencia que se encuentra en el pueblo, una relación positiva con la vida, lo que le falta a los intelectuales, burgueses, militares y políticos. A los que han impuesto una cultura de la sexualidad torcida, sadismo, masoquismo y qué se yo cuáles otras máquinas para excitar a todos ellos, hastiados. A aquellos que enseñan a los niños la patología del erotismo para ocultar las exquisitas delicias de la normalidad. Se necesita una potencia tranquila, quieta, sin voluntad, estable y serena como un árbol. La ternura. Aquí es necesario el saber, esa fortuna vital que da todo en una sonrisa, gentileza, esa suprema genialidad de grandeza en la relación corporal. Sucede que Eros remonta la entropía, escala la pendiente más empinada. Y exige en consecuencia el mayor poder humano. El gusto artístico, una digitación que el violín enseña, un olfato exquisito, una sensibilidad aguda y desplegada como un ramillete. El arte y nada más, avivando todos los sentidos. El coraje formidable de perderse en el Otro. Lo que aquellos imbéciles pusilánimes, esos que decididamente corrompen todo lo que tocan, denominan la muerte, sabiendo que su nombre es Resurrección. *Surrección* (elevación). En

este punto es necesaria la filosofía completa, la verdadera, la que tiene los pies sobre la tierra y que se descifra en sabiduría del amor, una percepción actual de la totalidad del cosmos, el saber humano por entero, incluso si se lo ignora y se descubre, por otra parte, el incendio abrasador de lo patético. Y ¿vosotros, querríais que la sociedad dejase de adorar el odio y la muerte, para tomar caminos tan difíciles? Ni siquiera hay necesidad de reprimir la sexualidad, eso se produce naturalmente. Por el contrario, si no se empujase a la mayoría, pocos llegarían a tener la primera idea. Vamos, vosotros no pensáis que si mañana las potencias de Eros estuvieran en el poder, la humanidad perecería de vergüenza. Semejante transvaloración, en la actualidad salvadora, obligaría a todos los dominadores de la historia a ocultarse en los matorrales.

El Todo, Las Partes, El Límite y El Borde

Nuestro estado cursivo esclarece, de rebote, los conceptos más importantes en los cuales nuestra cultura se reconocía, la forma-tipo de las situaciones corrientes de la historia. Nada más decisivo a este respecto que la noción de partes. División en general, repartición, onda, incluso resto o residuo. Toda situación, de la teoría, de la actividad, de la historia, es local, definida, se demarca en medio de otro espacio. Está provista de fronteras, de bordes. Es un lugar sumergido en un medio, o el medio de un lugar más impreciso, indefinido. *No man's land* [Tierra de nadie], barbarie, selva primitiva, mar salvaje, ignorancia, otros mundos, utopía; el blanco o lo posible. Retirado, tal vez, pero figurando a fin de cuentas: *la reserva*. Existe una extracción posible de una reserva a la espera, de un depósito. Un espacio donde acampar en caso de accidente. Una teoría más amplia cuyos nudos se deshagan sencillamente. Nuestro lugar es partitivo, como un templo sagrado; el futuro viene de otro lugar, donde está en exilio. El porvenir está abierto solamente si existen lugares por fuera del que está en juego ahora. De allí viene toda posibilidad: pérdida y beneficio, tara y desequilibrio, suplemento y motricidad, exceso de toda clase.

Es posible que la teoría de la ciencia ya no tenga nada más que decir en general sobre ella misma, excepto designar el surgimiento, en toda región, de un juego de limitaciones, propio a cada una de ellas. Después de Gödel y de algunos otros, se conoce bastante bien los límites de la formalización. La entropía máxima de un sistema cerrado limita su evolución irreversible. El gran teorema de Brillouin sobre el costo infinito de neguentropía para una experimentación exacta, cierra la serie de las aproximaciones de la medida, de la observación, de la aprehensión objetiva en general. Estamos más o menos en el punto de las distorsiones de todo fenómeno por su interceptación gnoseológica. Toda estrategia de la intervención se encuentra, en últimas, con este juego constituido de limitaciones: bien sea que se trate de intervención teórica en un campo teórico,

de intervención teórica en un campo objetivo, o de intervención práctica sobre un campo práctico. Existen bordes para toda estrategia.

Todo ocurriría como si la epistemología debiera transformarse en una teoría general de las limitaciones efectivas. Ya no tendrá que conocer ni lo verdadero ni lo falso –que es asunto de la ciencia misma–, ni la eficacia, ni lo coherente, ni la fecundidad de los métodos, ni en general, toda descripción de funcionamiento, sino que conocería el fin y el término del conjunto de los procesos. Es claro que un observador puede mantenerse al exterior de un espacio si se contenta con describir sus fronteras. ¿Dónde se mantiene, entonces? es quizá una verdadera pregunta, pero quizá no es más que una imagen ingenua. Todo ocurriría entonces –y de manera inesperada– como si un cierto kantismo, perdido hasta ahora en las mitologías de la razón subjetiva, pusiera los pies sobre la tierra: he aquí los límites del poder de conocer, demostrados, cuantificados, perfectamente evaluables. Pero no quedaría de él más que una teoría de los bordes. Y solo esta.

En esos linderos del poder, la epistemología se encuentra frente a problemas para los cuales no estaba capacitada. Intervenir teóricamente en un campo teórico o en un campo práctico, matemáticas puras, lógica o saber experimental; estaba formada para hablar, incluso si su discurso no siempre fue pertinente. Bien o mal, podía responder a la pregunta: ¿qué podemos saber o qué vale el llamado saber? A partir del momento en que la intervención práctica sobre un campo práctico es dominada por las estrategias científicas, la epistemología se confronta a la pregunta: ¿qué hacer? Ya no ¿qué debo yo hacer? o ¿qué debemos hacer? dado que el deber se define por referencia a conjuntos culturales que no tienen nada que ver con las ciencias; sino únicamente: ¿qué hacer? a la vista de las llamadas estrategias, eficaces tanto como se lo quiera, pero conduciendo, ellas también, a un borde, un compartimento exterior, un límite. Es necesario definirlo pero de manera diferente al sueño.

El conjunto de las limitaciones del poder de conocer, se enfrenta al conjunto de las limitaciones de nuestros poderes de intervenir racionalmente por medio de la ciencia sobre conjuntos prácticos. Allí, una vez más, las viejas morales, las viejas deontologías, perdidas hasta ahora en mitologías culturales diversas, asientan brutalmente, los pies sobre la tierra. Pues con absoluta precisión se trata de ella, del espacio, del nuestro, y de las reservas materiales, del globo terráqueo, del tiempo, sencillamente, el de la historia y el de nuestra vida. El antiguo encantamiento de los fines últimos toma forma, de manera alucinante, para una humanidad por fin despierta (¿demasiado tarde?): el final está aquí delante, casi inevitable, y es claramente el último, calculablemente. He aquí nuestro límite. No es teórico, es extrapolable a nuestras intervenciones. A partir de ahí, *toda deontología por venir no puede ser pensada sino por referencia a este límite*, así como la epistemología no puede ser pensada más que con referencia a

los otros. El resto son visiones, literatura, opio. Si el epistemólogo no va derecho a esta pregunta ¿qué hacer? entonces no está hablando de la ciencia. Sueña.

Hemos llegado a los bordes de nuestras intervenciones por una sencilla razón: en toda estrategia, si hay un juego razonado, existe siempre una ganancia y una pérdida. En vano se intentaba razonar por totalidades; estas eran siempre relativas; positivamente eran partes. El trabajo siempre resultaba realizándose sobre un objeto recortado, en el tiempo y el espacio, por medio de una técnica local y parcial; de allí resultaba la ganancia o la pérdida, extraída de una reserva o agregándose a ella. Incluso esta era una de las condiciones limitantes de la eficacia de la intervención y de las posibilidades de desarrollo de la historia. Se dejaba a la filosofía el juego onírico de la totalidad, del todo y de la nada, estética, admirable, monumental, ineficaz. De nuevo, todo ocurre como si los grandes sueños del romanticismo se realizaran de repente, poniendo también ellos, bruscamente, los pies sobre la tierra. No es gratuito que se diga estrategia y ya no táctica. Ya no hay lucha, combate, batalla golpe a golpe: el primer golpe hace y deshace toda la guerra. Vemos el fin de la dialéctica. Positivamente eso quiere decir que el conjunto total del saber está movilizado, en lo sucesivo (siendo ínfimos los residuos), sobre campos prácticos donde la totalidad del espacio está implicado, sin lugar que sirva de escapatoria o de enraizamiento para otra renovación; donde la totalidad del tiempo está comprometida, más allá de toda prospectiva, sin momento previsible para una renovación diferente, sobre sumas de energía más o menos equivalentes a las sumas en juego en el mundo natural. Desde que estas totalidades están en juego, no hay más residuos, ni más partes. El nuevo juego: una partida sin partes. Todas las reservas se hallan comprometidas. La práctica dispone del conjunto de las totalidades, teóricamente surgidas de la época romántica. No deja tras de sí esos residuos a los cuales la tradición nos ha acostumbrado, gracias a los cuales el juego podía siempre volver a empezar, al menos en otro lugar; se apostaba y se ganaba aquí o allá. La historia era una estrategia global de los residuos. Ya no existen residuos previsibles.

La teoría de juegos provee buenos modelos de estrategias, matrices claras y distintas, a menudo aplicables a situaciones concretas determinadas. Por supuesto se complica y puede perderse en la indeterminación cuando hay tres o más jugadores. Llevada a este caso, se ha sabido criticarla, señalándole los límites, plantear condiciones, restringir su uso. En general, armar un juego, sus estrategias y sus matrices, no tiene realmente interés sino cuando se puede jugar un cierto número de veces. Que se pierda o que se gane, la ganancia o la pérdida viene a aumentar o disminuir las reservas de las que se dispone. El final, para el que pierde globalmente, ocurre cuando se agota lo que este se propuso arriesgar. ¿Se puede proponer un juego en el que solo sea posible jugar una sola partida y donde todos los jugadores arriesguen juntos la totalidad de

sus reservas? Cuando digo la totalidad, entiendo por ello que no sea posible ya ninguna supervivencia para ellos, y que lo que se arriesgue sea su vida, su espacio ecológico, su porvenir. Cuando digo la totalidad quiero decir el mundo y la historia, simplemente. Estaréis de acuerdo en que ese juego sería perfectamente absurdo o concebible, al límite, para una población indeterminada de paranoicos perversos. Y sin embargo, es precisamente este juego el que preparan, en general, todas las fuerzas vivas de la razón contemporánea. Los otros juegos son juegos previos. De este desvío entre la unidad no-recomenzable y la totalidad, el cálculo de probabilidades no tiene, estrictamente hablando, nada que decir, pues supone invariablemente un colectivo y multiplicidades. Ciertamente, no se concibe el conjunto de todos los conjuntos ni mucho menos se lo juega a los dados. Excepto en los círculos militares donde la teoría de los juegos de estrategia es esa astucia de la razón que, jugando a las guerras pasadas donde las cosas permanecían abiertas, prepara la última donde estas desaparecerán. *Quales artifices pereunt*. ¿Quiénes quedarán para festejar? Cuán grandes calculadores e ingeniosos fueron. Algunos sobrevivientes, escapados, alucinados, desfigurados, recordarán con odio alguna trinchera escandinava, se acordarán con menosprecio, vergüenza, confusión y horror de esos abominables animales que somos. La presencia de su semejante, su olor y su ruido, les dejarán palpitantes, mareados de asco. ¿Quién podría desearles haber conserva un solo espejo? Donde contemplar un rostro descompuesto, parecido al nuestro.

Toda filosofía del movimiento y de la historia; del movimiento de la historia, asigna o construye un motor destinado a producir ese movimiento. Y primero, de dos cosas una: el motor está fuera de lo movido o está adentro. Todo móvil dispone de un tractor, de un atractor, de un empujador, etc., o es automotor. Saber dónde colocar a Dios es la figura arcaica, metafísica, del problema. Trascendente o inmanente, primer motor o idéntico a la naturaleza. De allí la modernidad de Spinoza, cuando la naturaleza no tiene aún eficacia propia: incorpora, para siempre, el motor en lo movido. De suerte que solo existe el motor en sí mismo. Y de nuevo, de dos cosas una: o el motor es todo lo movido o está localizado en un lugar determinado. Primer caso: no existe nada afuera y nada adentro, excepto el motor mismo; se obtiene la absurdidad del movimiento perpetuo o, si se quiere, la eternidad en acto. Pues un sistema cerrado llega al final a la extinción. De ahí Spinoza, precisamente: Dios es sustancia y no motor, anti-historia o anhistórico. En consecuencia, es necesario que el motor esté localizado, aquí o allá, en lo movido. No está clausurado y cerrado, pues de nuevo se apagaría en un término fijo. Tiene necesidad de alimentarse, de encontrar en torno a él lo que se llama fuentes. Ahora bien, si no existe nada por fuera de lo movido, no puede encontrar alimentos más que en aquello mismo que él mueve. Si el motor está en lo movido, funciona por las reservas, el depósito, el capital, que allí se encuentran presentes. El reservorio, palabra usada desde Carnot hasta Bergson,

suministra, algunas veces, el suplemento de energía que añade, por el motor, a la marcha inerte. Es ese algo más que permite avanzar. Ese “algo más” es una parte sacada del todo, del depósito, del capital. A partir ahí, todo el asunto gira sobre esas partes: sobre la suma de la reserva, sobre el consumo de la suma.

Evaluar las reservas globales me parece imposible. Esta evaluación se estrella al menos con tres antinomias relativas al espacio, al tiempo, y a la imprevisibilidad de lo explotable. Se podría decir que estando lo movido cerrado, el depósito es finito pero esto no es suficiente ya que existen finitos muy grandes, prácticamente innumerables, equivalentes al infinito en la escala humana e histórica. Por ejemplo, la suma energética del sol. Así no se puede razonar. Es necesario describir directamente cómo funciona el motor. Y como lo hemos visto, está compuesto del complejo industrial articulado a la investigación científica en su casi-totalidad, consumados ambos en las aplicaciones militares. Ese motor es el más dinámico y el más poderoso que la historia jamás haya puesto en marcha. Claramente es ante todo un motor, en tanto que producto (es decir la intersección) de nuestros multiplicadores más eficaces (invención, producción, innovación), produce un movimiento inexorable, permanentemente acelerado; el cual hace rápidamente metástasis e invade el espacio: crece a partir de sí mismo y se esparce regularmente de frontera a frontera sin que las condiciones diversas que reinan aquí o allá le transformen visiblemente; en tanto que implique un conjunto cada vez más potente de elementos materiales, económicos, intelectuales, humanos y políticos; en tanto que movilice la innovación más avanzada, que realice la mayoría, una mayoría creciente, de productos nuevos y de mejoras ostensibles. La multiplicación, el movimiento, la metástasis, la expansión, el entrenamiento, la novedad están en ese lugar y por ese lugar. Es un motor; y es quizá el motor en tanto que homogeniza las particiones, en tanto que es la invariante por la diversidad de los sistemas de referencia.

¿Cómo funciona en el seno de lo que entraña? En primer lugar, extrae del reservorio, de ese reservorio que, como se dijo, es difícil de evaluar. De allí saca energía, trabajo, información. La rotación acelerada del flujo al interior del triángulo que forma, lo lleva a extraer cantidades crecientes de esas existencias. Partes cada vez más totales. Pero supongamos que ello no sea peligroso, en beneficio de la imposibilidad del inventario. La cuestión se desplaza de una fuente a otra. Por ejemplo, una producción dada devuelve al reservorio (solo existe este por fuera del motor) algo que la condición de su funcionamiento le tomaba. La longitud de una historia posible es, grosso modo, proporcional a esta relación: entre más débil sea más posibilidades hay de homeóstasis; entre más fuerte más aceleración precipita. Y de nuevo, como el inventario es antinómico se puede apostar sobre la aceleración, pero solamente apostar: implica un riesgo. Un riesgo más bien pequeño si se suma todo, mientras que se descuenten partes, mientras

que se razone por partes, en tanto que se practique sobre partes. Por otro lado, existen producciones casi totalmente neogentrópicas como la agricultura. De ahí, el porvenir real de una neo-fisiocracia, al menos técnicamente hablando. Volvemos a la relación de la extracción del producto que resulta. Es necesario que sea partitivo y circunscrito en ciertos límites. Pero los nuevos los productos los rebasan con creces. Estos se convierten en *una potencia toscamente equipotente del depósito energético global*. La historia ya no se juega, golpe a golpe sobre partes sino sobre la totalidad de las reservas disponibles. El tiempo ya no se define sobre los episodios sucesivos del juego, sobre las promesas y sobre los riesgos de las partes que recomienzan, sino sobre la espera negra del único posible golpe que se producirá a partir de ahora. El tiempo no tiene ya camino ni definición: solo tiene un fin, un término. Nuestra historia es un incoativo suspendido. El motor produce el equivalente del depósito. Produce *objetos-mundo*. Objetos de las dimensiones del mundo, en el sentido preciso de las ecuaciones dimensionales: para el espacio (misil balístico), para la velocidad de rotación (satélite fijo), para el tiempo (duración de vida de los residuos nucleares), para la energía y el calor. Ya no jugamos porcentajes o relaciones sino la totalidad del capital disponible y el juego está claramente terminado. Técnicamente terminado, temporalmente acabado. A partir de este momento sabemos lo que quiere decir dominar la naturaleza: producir máquinas equivalentes a ella, que igualen lo natural y lo artificial. Y de nuevo, esto no sería peligroso sin el tercer segmento del triángulo, si la totalidad del producto fuera vertida al reservorio, de una manera tan utópica que me es difícil imaginar. Nadie quiere esta grandiosa felicidad; los suicidas han dicho en todas las épocas y por siempre que no se hace buena literatura, buena filosofía, buena ciencia, buena técnica, etc., por medio de buenos sentimientos. Estoy de acuerdo, entonces no dudemos en hacer buenas cosas por medio de lo malo. Y aquí se encuentra el borde. Habiendo el asunto adoptado este pliegue, todo sucede, a partir de ahora, no en la alianza sino en medio del furor. A favor de una partición exquisita, donde cada cual encuentra su satisfacción, pero en la cual la existencia del motor invariante muestra evidentemente que ya no hay sentido que no sea mortal, al estar la totalidad del producto integralmente dirigida hacia la completa destrucción del contenido total del reservorio. Ved la lista de los objetos-mundo, ninguno es excepción a la regla. *La humanidad no ha sabido ni ha podido producir un solo objeto de las dimensiones físicas del mundo, capaz de trabajar en su beneficio*. Según veo, esto parece designar su verdad. No sé si ha habido un pecado original como lo narran con extraña constancia los mitos y las filosofías, pero ¿quién no ve ante nosotros el error final, gigantesco, donde nuestro pasado entero se proyecta? Donde nuestros pequeños gestos acumulados sobre milenios se suman y se consumen en un modelo gigante. Última contradicción, última para todas las dimensiones: espacio, tiempo, trabajo, energía..., mundo, historia... Fin último.

No veo cómo es posible pensar lo que sea, trabajar en lo que sea, sin referirse a este. Siendo actualmente condición de toda teoría y de toda práctica. ¿Pero quién acepta verlo?

¿Qué hacer? Entre la espada y la pared... siempre el estoico es el que habla. El viejo estoico que, antiguamente, intentaba la resignación en un mundo estrecho de series naturales de tejido necesario. Ataraxia, opio límite de sufrimientos límites. Por ello tal cantidad de opios en la actualidad, y de todo tipo, en medio de artefactos que imitan lo más cerca posible a la naturaleza, en sus dimensiones, sus redes y su fuerza. ¿Pelear? Solo existen lugares de combate aquí y allá, a nombre de particiones numéricas. Esto conlleva acelerar el proceso y no es precisamente hoy cuando se deba tener premura en acelerar la historia, si es verdad que rueda sobre estos rieles. A fin de cuentas, son siempre los mismos los que pagan, los esclavos que están más lejos de la decisión. Y la decisión del juego supremo precipita a la humanidad entera al mismo lugar. Incluso si Clarke y otros, entre los cuales me cuento, se equivocan poco o mucho en la apreciación, es este un riesgo que uno puede razonablemente negarse a correr. Que uno puede matemáticamente rehusarse a correr. Ahora bien, dejar las cosas en el estado en que están es, matemáticamente de nuevo, un riesgo casi igualmente grande. La situación es de una luminosa simplicidad: que el compromiso se asuma o no, el resultado de la partida es más o menos invariante. Intentad calcular la relación de fuerzas, cuando las fuerzas puestas en juego representan la suma energética disponible sobre el planeta... Es una cantidad que desafía la relación.

La única posibilidad real que le queda al filósofo, puesto que su única herramienta es el discurso, es la de hablar al nivel de uno de los tres componentes del triángulo: la ciencia. Precisamente la única que es universal, al menos en su contenido y en sus formas, siendo además, el eslabón más débil de la cadena. En el triángulo, solo le es posible interceptar el flujo en ese lugar. ¡Científicos de todos los países, uníos! Cruzaos de brazos mientras que vuestra especialidad siga ligada al proyecto de suicidio. La interrupción del trabajo y de la información, la huelga universal de los científicos debe aislar todos los puntos de aplicación. Durante un tiempo que habría que precisar, la humanidad instruida, los trabajadores de la prueba, no deben plantear, y por tanto no deben resolver, sino problemas *demostrablemente inútiles*, puesto que en general, toda la utilidad del saber está canalizada hacia la muerte. El resto hay que cerrarlo por causa de inventario. Y el inventario hay que hacerlo tomando el límite mortal como referencia de pensamiento. Aquí la crítica ya no es teórica, subjetiva, condicional, sino práctica, objetiva, teleológica. Ya no se trata de investigar las condiciones de posibilidad, de una pureza teórica, en el sujeto que piensa; consiste en desviar de su finalidad actual a un conjunto práctico de informaciones

y de herramientas. La finalidad es referencia: límite donde se proyectan sobre un telón gigante, sobre un espejo gigante, todas las figuras concebibles del instinto de muerte que la totalidad casi finita de la historia laboriosamente ha trazado, ha realizado; perfectas. La única esperanza que queda en esta crítica por la finalidad, es la puesta en cortocircuito de saberes y productos (presentes y milenariamente heredados), con la escena final, la lucha final, el holocausto apocalíptico y definitivo que se prepara con la minucia atenta de la inconsciencia. Esta crítica define un punto crítico del tiempo y de la historia, donde la historia del pasado de la razón se encuentra cara a cara con el final de sus esperanzas y de su porvenir. El rostro de la muerte próxima desenmascara los rostros virtuales del instinto de muerte esparcidos en el ejercicio de la razón. En este punto crítico del presente, por un tiempo aún viviente, el pasado mortífero encuentra, en un destello, el porvenir y su agujero de la nada. La historia total involuciona en ese lugar, de lo cual se puede decir seguramente que, si no hay lugar, nuestra supervivencia es breve. En este punto crítico, en el destello de este relámpago, alguna cosa puede y debe advenir: *que la muerte próxima mate para siempre, en un instante único de conciencia histórica y colectiva, al instinto de muerte que la engendra y recíprocamente. Muerte a la muerte*, la última palabra de la filosofía. Atravesaremos este umbral, veremos este destello o moriremos en medio de los miles de soles de nuestra razón infernal. Una vez atravesado ese umbral, nos pondremos a hablar de la in-mortalidad. De la ciencia nueva.